

por los intrincados ¹ ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado ² y de liso mármol compuesta: acá ve otra á lo brutesco ³ ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luyente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que

¹ *Intrincados*, por el *entricados* que escribió antes, pág. 126 n. 3; vacilaciones tanto más comunes en los autores cuanto más antiguos son, pues cada día la lengua se va fijando más.

² *Jaspe variado*, esto es «de varios colores.»

³ Acordándose de *bruto*, se dijo *brutesco* por *grutesco*, ó cosa hecha á modo de la rusticidad de las grutas; hoy *grotesco*.

parecía principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, ¹ y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos, dicen que suele valer una ciudad, ² y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspensó y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, ³ toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas ⁴ las

¹ *Ferviente* por *hirviente*, como antes *fadas* por *hadas*, eran arcaísmos ya mucho tiempo antes de Cervantes, quien de intento los pone, remedando el estilo de los libros de caballerías, que usaban de estos arcaísmos para dar aspecto de antigüedad á la narración. Cosa igual hacían los autores de romances del siglo xvii; v. g. el de aquel tan sabido que empieza *Non es de sesudos homes... facer dennesto á un fidalgo*. La *f* en el siglo xv ya no se pronunciaba en *facier*, *fijo*, etc., sino como una ligera aspiración representada por *h*, *hacer*, *hijo*; hoy hasta esta aspiración ha desaparecido y la *h* no tiene valor alguno.

² Recuerda graciosamente Cervantes un lugar común de romances y libros de caballerías, usado para ponderar el valor de una cosa. Por ejemplo, el romance del Palmero dice:

Una esclavina trae rota
que no valía un reale,
y debajo traía otra,
bien valía una ciudade.

Hoy decimos «vale un imperio».

³ Esta expresión anticuada, que hoy exigiría el uso del artículo *agua á las manos* ó *para las manos*, se ha fundido en una sola palabra *aguamanos*.

⁴ Verle servir todas, esto es: *ver todas las doncellas servirle*. El dativo enclítico, cuando un infinitivo rige á otro, se coloca indistintamente con cualquiera de los dos infinitivos. No tenía razón ninguna Hartenbusch para creerse obligado á corregir *¿Qué verle servir de todas las doncellas?*

doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano? ¿Cuál será oír ¹ la música, que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta ni adónde suena? ¿Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquél, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala.»

¹ *Cual será oír*: Clemencín y Hartzenbusch dicen que *cual* debe corregirse en *qué* para uniformar ésta con las anteriores interrogaciones. Don Quijote es muy dueño de cambiar un relativo por otro, cuando bien le parezca, y de suprimir el sustantivo concertado con *cual*, lo mismo que lo suprimió con *que*, y así la frase *¿Qué (maravilla) es ver cuando nos cuentan.....* puede muy bien estar seguida de la otra *¿Cuál (placer) será oír la música.....*

Parte II, capítulo XVI.

Don Quijote en su camino se halla con un discreto caballero de la Mancha, en el cual Cervantes cifra su propio ideal de la vida santa y sencilla.

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán ¹ de paño fino verde, jironado ² de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, así mismo ³ de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro.

Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: «Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darle prisa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos.» Detuvo la rienda el caminante, admirándose

¹ El *gabán* usábase para andar en el campo y de camino; en la ciudad sólo servía de ropa de casa.

² Llamábanse *jirones*, ó como dice Covarrubias *gironas*, «ciertos pedazos triangulados que ingerían en el ruedo de los sayos para que hiciesen más ruedo, y en los que eran de terciopelo echaban estos jirones de brocados ó telas, y se llamaban *sayos agironados*.»

³ El *asimismo* se refiere sólo al color *verde* que era el que predominaba en el vestido del caminante, pues nada tienen que ver los dos colores accesorios *leonado* y *morado*.

de la apostura y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa ¹: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente, en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas ². Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo Verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: «esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

destos que dicen las gentes
que á sus aventuras van.

¹ Se llama *chapado* «el hombre de hecho y de valor porque va guarnecido con su virtud y es fuerza» (Covarrubias).

² Aquí *prendas* no parece significar «partes ó dotes naturales» según costumbre, sino «posición social.»

Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa ¹ en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el *Caballero de la Triste Figura*; y puesto que ² las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende, cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentil-hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí

¹ En estampa equivale á en letras de molde. Cuando se publicó la segunda parte del Quijote en 1615, llevaba la primera ya 10 ediciones en Madrid, Valencia, Lisboa, Bruselas y Milán, y se había traducido al francés en 1614 y al inglés en fecha incierta.

² Puesto que significaba antiguamente *supuesto que*, por más que, ó aunque. Hoy se usa con la significación de *pues que*.

adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago ¹.»

Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: «acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa ² el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que hay ³ hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño

¹ Hoy diríamos *la profesión que sigo*, esto es, á la cual me dedico. *Hacer profesión* de una cosa es «preciarnos della y cumplirla en todo trance» (Covarrubias).

² *Causar maravilla* por *causar admiración* ó *sorpresa*, es expresión vulgar, nacida por confusión de las dos equivalentes: *causar admiración* y *maravillar*. *Admiración* es la suspensión de ánimo que produce la cosa maravillosa, y *maravilla* es la cosa que causa admiración; sin embargo, ambos términos se confunden, y lo mismo que Cervantes usó *maravilla* por *admiración*, es muy común usar *admiración* por *maravilla* ó cosa admirable: *esa escultura es una admiración*.

³ Hoy se pondría en subjuntivo.

de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias.»—«Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros.»—«¿Pues hay quién dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias?»—«Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas.»

Desta última razón de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues le había dado parte de su condición y de su vida. Á lo que respondió el del Verde Gabán: «yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón ¹ manso ó algún hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de

¹ *Perdigón* significa ordinariamente el pollo de la perdiz, ó el plomo ó munición con que se caza esta ave; pero, por lo visto, Cervantes lo usaba en el sentido de *perdiguero*. El del Verde Gabán quiere decir que no caza con grande pérdida de tiempo y dinero, sino modestamente, con un simple perro para las perdices y un hurón para los conejos.

libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que ¹ destos hay muy pocos en España; alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor.»

Atentísimo estuvo Sancho á la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: «¿qué haceis, hermano? ¿Qué besos son estos?»—«Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer

¹ Puesto que ya se ha dicho que significaba *por más que*.

santo á la jineta que he visto en todos los días de mi vida.»—«No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.» Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiración á Don Diego.

Parte II, capítulo XXIII.

Terminado el relato episódico de las bodas de Camacho, ó mejor dicho, de Basilio, quiere visitar Don Quijote la Cueva de Montesinos ¹; en esta visita le acompaña un primo de cierto Licenciado, que había hallado Don Quijote en su camino. Después de haber descendido á la sima Don Quijote atado con cuerdas, cuenta al Primo y á Sancho lo que vió en la cueva. Cervantes llena de finísima poesía toda esta concepción fantástico-burlesca.

«Á obra de doce ó catorce estados ² de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella ³ un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra.

¹ La Cueva de Montesinos está en el término de Osa de Montiel y cerca de la ermita de San Pedro de Saelices y de una laguna de las llamadas de Ruidera, nacimiento del Guadiana.

² *Estado*, medida tomada de la estatura de un hombre. Se medían por estados las paredes de cantería, los pozos, ú otra cosa honda. (Covarrubias).

³ Las reglas de concordancia fijadas hoy con una rigidez enteramente artificial, exigen *en él*; algunas líneas adelante repite la concordancia con *cavidad* preferida á *espacio* como voz más significativa é importante.

Esta concavidad y espacio ví yo á tiempo, cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura región abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces pidiéndoos que no descolgásedes más sogá, hasta que yo os lo dijese; pero no debísteis de oirme. Fuí recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rímero, me senté sobre él, pensativo además ¹, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél, y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecían de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abrién-

¹ Antiguamente se usaba mucho el adverbio *además* para encarecer la significación del adjetivo á que se junta con el valor de «sumamente muy, en gran manera»; en general se posponía al adjetivo: *se levantó de la mesa mohino además*. Hoy se usa en su lugar *por demás*.

dose dos grandes puertas, ví que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz ¹ de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanésa negra ², y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia ³, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien ⁴ yo soy alcaide

¹ El Diccionario de Sebastián de Covarrubias, compuesto por los mismos años que el Quijote, dice: *Capuz, una capa cerrada larga que hoy día traen algunos por luto, y antiguamente era el hábito de los españoles honrados en la paz, como lo era la toga de los romanos.*

² Gorra fina de lana que se traía de Milán.

³ En el entremés del *Retablo de las maravillas*, dice Cervantes de un gobernador que tenía *peripatética y anchurosa presencia*.

⁴ *Quien*, en el período clásico se refería lo mismo á personas que á cosas. (BELLO, *Gr.*, § 329.) Abundan los ejemplos en todos estos extractos.

y guarda mayor perpetua ¹, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos ², cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga ³ el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad sino en la daga, porque no

¹ *Guarda, guía, escucha* y otros substantivos verbales por el estilo son femeninos por su terminación, y masculinos por su significación.

² Montesinos es un héroe peculiar de nuestros romances; á pesar de pertenecer á la leyenda de Carlomagno, no es conocido este personaje en la literatura francesa. Habiendo sido su padre acusado falsamente por Tomillas al Emperador, fué arrojado al destierro; allí nace el héroe en un monte despoblado, lo que le valió el nombre de *Montesinos*, y ya crecido, marchó á París y mató al traidor Tomillas. Otros romances nos dan á conocer á Montesinos como primo y grande amigo de Durandarte. — Este Durandarte, lo mismo que su amigo Montesinos, es parto de la Musa castellana, desconocido en la literatura carolingia francesa; su origen es muy singular: el nombre Durandarte se aplicaba antiguamente á la espada de Roldán (pues las espadas de los caballeros llevaban nombres propios, como las dos del Cid: Colada y Tizón), pero un poeta vulgar castellano poco enterado de ésto, tomó el nombre como de persona, y fantaseó sobre él la historia de un héroe, suponiéndole muerto también en Roncesvalles, como Roldán; supo adornar su invención, con el sangriento legado que Durandarte hace al morir, lo cual dió al asunto una excepcional fama y popularidad; quizá se inspiró en el *Amadis*, quien al verse en un peligro, encarga á su escudero que si muere le saque el corazón y lo lleve á su señora Oriana, cuyo era.

³ Don Quijote alude al romance siguiente:

Muerto yace Durandarte	hácele la sepultura
al pie de una alta montana,	con una pequeña daga;
llorábalo Montesinos	sacábale el corazón,
que á su muerte se hallara;	como él se lo jurara,
quitándole está el almete,	para llevar á Belerma,
desciéndole el espada;	como él se lo mandara.

Vemos que Don Quijote punteaba mal en su memoria los versos; los romances afirman sólo que la pequeña daga sirvió para hacer la sepultura.

fué daga, ni pequeña ¹, sino un puñal buido ², más agudo que una lezna.»

— «Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramón de Hocés el Sevillano.» — «No sé, prosiguió Don Quijote, pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hocés fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia.» — «Así es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor Don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.»

«No con menor lo cuento yo, respondió Don Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de te-

¹ Hartzbusch corrigió sin necesidad: *ni pequeña ni grande*. La humorística contradicción de Montesinos, no para en desmentir el substantivo, sino que niega superfluamente el adjetivo. La aclaración de Montesinos es de gran substancia, si atendemos á que, como dice Covarrubias, la *daga* y el *puñal* «todo viene á ser una cosa». Sin embargo, bueno será distinguir: como la daga tiene filo, necesita guarnición y gavilanes para proteger la mano, cosa que el puñal no lleva, pues hiere solo de punta.

² *Buido* no era voz muy usual; no sabía Covarrubias, coetáneo de Cervantes, lo que quería decir. Significaba, probablemente, hoja con la punta estriada en tres canales: la punta buida de las espadas estaba prohibida como más dañosa por las pragmáticas reales del tiempo de Cervantes.